

OPINIÓN

El Gobierno no juega con el juego

Mientras no para de urdir leyes contra el tabaco, el alcohol, las hamburguesas y hasta las conservas, el virtuoso Gobierno que nos manda parece haber excluido al juego de su vasta cruzada contra el vicio. Hasta ahí podíamos llegar.

Las estrictas gobernantas que flagelan con saña a fumadores y bebedores no han dicho sin embargo ni pío de poner coto a la afición a los juegos de azar que hace de España el mayor garito a cielo abierto de toda Europa.

Difícilmente podrán hacerlo, claro está, si se tiene en cuenta que el principal promotor de la ludopatía en España es el propio Gobierno que acapara el negocio de las timbas mediante una Organización Nacional de Loterías y Apuestas del Estado. Actividades que en otros países suele controlar la Mafia, aquí se las reparte el

Crónicas
Galantes

Anxel Vence



Gobierno central con los autonómicos; y allá ustedes si quieren sacar demagógicas conclusiones de esa circunstancia.

Por muy moralista y reformador de las malas costumbres que sea –y el actual lo es en grado sumo–, cualquier gobierno sabe que en España no conviene jugar con el juego. Son muchos y muy poderosos los intereses que se mueven alrededor de ese negocio y, por si fuera poco, el Estado es el principal empresario del sector, con un

volumen de beneficios anual del que no podría prescindir –sin grave quebranto– la Hacienda pública.

Alegarán sin duda los gobernantes que a nadie se le obliga a jugar y no sería razonable, por tanto, meterse en la vida privada de los ciudadanos. Razon muy sólida y juiciosa que, sin embargo, no se aplica en los mismos términos a los aficionados al tabaco, al vino, al whisky o a las hamburguesas de tamaño gigante. Será por aquello ya dicho de que no conviene jugar con fuego ni con el juego.

No deja de ser una lástima, porque en realidad este asunto de los juegos de azar y envite se presta de maravilla para que los reinos autónomos de España marquen diferencias entre sí.

Más que la “nación” o la “realidad nacional” –simples palabras–, lo que realmente habría de singularizar a Galicia,

pongamos por caso, es la supresión del juego en la parte que le toca.

Ya lo intentó en su momento Don Manuel I –declarado enemigo de este vicio– al reducir a sólo una por bar el número de máquinas tragaperras que en otros reinos autónomos siguen instalándose a pares. Pero ni siquiera el autoritario monarca gallego fue quien de erradicar por completo estos artefactos que seducen a la clientela con su tintineo de monedas, sus bombos de frutas y sus luces de colorines.

Ahora que cogobierna en Galicia un partido nacionalista con deseos de marcar territorio, este asunto de las tragaperras viene que ni pintado como posible factor diferencial. Incluso los nacionalistas vascos más radicales admitirán, por ejemplo, que la frontera entre la parte española de Euskadi y la francesa no la marcan las inexistentes aduanas, sino las tragaperras que de este lado se multiplican en los bares, mientras en el otro, sencillamente, no existen.

Algo de eso sabemos también los gallegos, famoso pueblo fronterizo. Más que la diferencia artificial de una hora o la distinta afición al bacalao, lo que realmente nos hace sentir que estamos en otro país al cruzar el Miño es la ausencia del soniquete de las máquinas de azar en los bares. Y, dado que la regulación de estos ingenios lúdicos es competencia del Gobierno autónomo, nada costaría hacer de Galicia un país europeo como Portugal, Francia o cualquier otro, claramente diferenciado del resto de España en materia de juego.

Mucho es de temer, sin embargo, que ni los mandamases autonómicos ni la mayor parte del gremio de hostelería del país estén por la labor de ver mermados sus ingresos con la prohibición de un juego que da tanto juego económico. Eso sí: absténganse de fumar y procuren no emborracharse mientras se juegan los cuartos y las fincas en el Casino. O en el bar. Qué país este.

La Caja Negra

JAVIER AGUILERA

